


Relatos de la cacerola

Yolanda
García Pérez



 LitGranda narrativa

Relatos de la cacerola

Yolanda García

Relatos de la cacerola
Yolanda García

Editorial Literanda, 2012

Colección Literanda Narrativa

Diseño de cubierta: Literanda.

© Yolanda García, 2012

© de la presente edición: Literanda, 2012

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa de los titulares del copyright la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Índice

Despe(lle)jando

¿Dónde está el límite?

El médico de urgencias

El preservativo

Formado o formando

La cacerola

La nueva era

Lilith

Volviendo a rehacer el mundo

Despe(lle)jando

Era una noche de abril. Ella caminaba por el parque, al igual que cada noche al salir de su trabajo. Solo que aquel día era distinto: la habían despedido. Él la esperaba en lo alto de aquel cerro que habían hecho suyo, el cerro de los columpios. El cerro desde el que las luces de la nocturnidad madrileña se postraban a los pies de sus particulares locuras.

—¿Qué tal estás?

—Bien cómo siempre —mintió ella, el piso sin pagar, los espaguetis acabándose en el armario, la basura acumulada en la terraza de su depresión.

—¿Qué quieres hacer esta noche?

—Vamos dónde siempre, cariño, te juego una a los chinos.

—¿No preferirías quedarte un rato más mirando las luces de las calles?

—Me basta con mirar las luces de tus ojos.

—Vamos entonces.

Juntos fueron donde siempre: aquel bar olía a unos fuertes orines que resaltaban en el ambiente de la noche. Pero un paseo hasta allí podía merecer la pena.

—¿Que te pasa? te veo más triste —preguntó él.

—Nada, tranquilo, ya se me pasará.

Juntos entraron y bajaron las escaleras, juntos pidieron en la barra un orujo de hierbas, juntos encendieron aquel cigarrillo de hachís.

—Es curioso, cada día estás más triste. Eso es que te vas a morir pronto.

—¡Calla! No hagas bromas pesadas.

—No es broma, yo llevo tiempo pensándolo.

—¿Pensando qué?

—La manera de matarte.

—Hoy me han echado del trabajo, no sé que vamos a comer mañana.

—¿Me has oído?

—Sí, sinceramente me da lo mismo.

—Pero no será hoy. Tienes que encontrar otro trabajo, tienes que darme de comer.

—Claro mi amor, lo que tú quieras.

—¿Acaso no es maravilloso lo que recibes de un psicópata como yo?

—Claro mi amor, me encanta ver cómo vuelcas mi vida en el alcohol de tus copas.

—Sólo me molesta una cosa.

—¿El qué, mi vida?

—Que lo estropees todo compartiendo las noches conmigo.

A la mañana siguiente ella amaneció muerta. De sobredosis de aspirinas. Su cuerpo lo mandaron a Sevilla, dónde un polaco se entretuvo con el, echándole polvos a ver si revivía.

Él lamentó que no le hubiese dejado la oportunidad de matarla de un embarazo no deseado. Pero brindó por ella y le dio un sorbo a su copa. Era de día.

¿Dónde está el límite?

Se llamaba Inés. La conocí cuando tenía quince años. Íbamos a la misma escuela y teníamos las mismas amistades. Chica grande para su edad, grande para ser chica; el pelo rubio y ondulado, los ojos azules y una determinada manera de comportarse: siempre reacia a las risas fáciles. Parecía como si en vez de una persona fuese un roble. ¿Habéis conocido a alguien con esa actitud? Quieta, sin interrogantes, directa pero distante; perenne, siempre en un estado de ánimo que me resultaba tan atrayente cómo fastidioso; ajena a cualquier cosa que se le dijese, pero transmitiéndome la seguridad de que pasase lo que pasase iba a estar ahí; sobre todo atrayente, generando seguridad en mi persona. Era esa seguridad precisamente la que me fastidiaba, nunca llegaba a nada, como un roble.

Las amigas solíamos ir al parque a charlar, tomábamos cacahuets o pipas, según el día. Algunas veces se acompañaba de refresco de naranja; nos sentábamos sobre la hierba recién cortada, nos quitábamos las zapatillas de deporte y los calcetines, dejábamos que aquel césped nos hiciera cosquillas en las plantas de los pies y nuestras manos recorrían su superficie mientras el sol primaveral, veraniego u otoñal, nos curaba de los sermones que eran las clases.

Éramos silenciosas. Cada cinco minutos alguna comentaba algo que podía, o no, desencadenar una pequeña conversación. Yo disfrutaba de todos los momentos de silencio con el ir y venir de los gorriones, con sus gorgojeos e inquietudes; me tumbaba boca abajo y me entretenía buscando algún bichito entre los tallitos y hojas, para observarlo, simplemente observarlo. Podíamos estar horas. Nunca nos tomábamos más trabajo en mirar el reloj que en hacer los deberes; la vida simplemente iba pasando.

Las épocas de exámenes eran épocas de crisis dentro del grupo; cuando no se enfadaba una, no aparecía la otra después de haber quedado; pero siempre acabábamos sacando la nota necesaria para continuar estando juntas. Hasta que acabamos el bachillerato: la vida nos llevó a cada una por su lado.

Recuerdo aquellos momentos como los mejores de mi vida: la paz, la tranquilidad...; disponía de tanto tiempo que podía disfrutar del sonido y del movimiento de las ramas movidas por el viento. Pasaba muy a menudo por los caminos, de baldosas de piedra, que llevaban hasta la fuente que había en el centro del parque. El sonido el agua me hipnotizaba y me sentaba en el borde, también de piedra, y metía una de mis manos para comprobar que estaba bastante fría. Me llamaba mucho la atención aquello: el hecho de que siendo el mismo sol el que calentaba el aire, el agua estuviese siempre varios grados por debajo.

La tarde era muy tibia en aquel mes de mayo. Yo había quedado, como cada tarde, el día anterior con mis amigas. Hacía ya algunos meses que me preocupaba, tenía la sensación de que ellas estaban cambiando; me apesadumbraba un poco, en mi simpleza, porque habían empezado a cambiar los temas de conversación habituales. Ya no eran las series de dibujos animados, casi nunca de las clases de filosofía y creo que, incluso yo, había renunciado a criticar a los profesores que teníamos. Sin embargo, no lo pasaba siempre mal con el cambio; teníamos un profesor que se llamaba Roberto, nos daba educación física y tenía unos veinticinco años, era moreno y tenía los ojos azules..., y bueno, todavía hoy podría describirlo; pero creo que, en lo que menos nos fijábamos era en sus clases, en su nombre o en sus ojos.

Aquella tarde me encontraba como siempre, jugueteando con una ramita caída de un árbol, mientras las chicas hablaban. Le di unas cuantas vueltas, ellas seguían con el mismo tema de la tarde anterior: algo relacionado con una salida que yo me había perdido. Creo que era al palacio de hielo.

Yo empecé a descascarillar la ramita con la uña. Creo que fue Irene la que empezó con aquello de “¡Qué bien nos lo pasamos! ¿Verdad?”, y yo, pues me sentí algo incómoda. Si mis padres me hubiesen dejado habría ido, pero me hice la tonta y seguí con mi ramita. Un par de ellas hicieron referencia a una cita con un par de chicos que habían tenido la semana anterior. Irene prosiguió con su descripción, con cómo se habían comportado con los grupos que encontraron y cómo había resultado la experiencia de empezar a salir solas; yo seguí rascando la ramita. Otro par de ellas corroboraron la historia.

Se hizo un silencio de un par de minutos, levanté la mirada. Irene volvió a saltar aquello: “Que bien nos lo pasamos. ¿Verdad?”; empecé a partir un pequeñísimo pedazo de la ramita. El par de chicas que atestiguaban las escenas e Irene empezaron de nuevo a repetir toda la historia, y seguí troceando la ramita.

La escena se alargó durante aproximadamente una hora; ahí sí que tuve en cuenta el tiempo. Me quedé asombrada, no solo de que no se diesen cuenta de mis sentimientos, sino de que fuesen capaces de repetirlo una y otra vez, casi con las risas clavadas en los mismos puntos, de una forma, que me pareció en aquellos tiempos, hipócrita.

Inés estaba de pie, cómo siempre. Casi siempre estaba de pie. Se me quedó mirando, distante. Al final me coloqué a su lado, creyendo que compartía mi manera de ver la situación; las chicas seguían con lo suyo. Me harté de partir ramitas. “Inés. ¿Te vienes?” Le dije. Y allí las dejamos plantadas con su nuevo tema de conversación.

Paseamos unos diez minutos, sin hablar siquiera. Después la acompañé a su casa, estaba a unos cinco minutos del parque. “Bueno, no les hagas mucho caso”, me dijo. “No pienso hacerlo”, contesté. Y me fui a mi casa.

Estoy en una cafetería del barrio de Arguelles, Madrid. La fecha exacta no creo que importe demasiado, siglo XXI. En algún periódico, allá a finales del siglo pasado, leí en grandes letras una noticia aterradora: De cada cinco mujeres españolas, una ha sido violada. Hoy esa estadística se ha perdido.

La cafetería es monísima, tiene algo parecido a la cuenca de una ostra gigante en el techo. La pintura tiene tonos teja y anaranjados; las mesas de madera, cada una con su escena representando la antigua Grecia; las sillas repujadas; los camareros atentos, serviciales, dinámicos y realmente atractivos; el café rezuma un olor tan agradable, tanto, que casi da pena tomárselo. Las tazas, las cucharillas, el ambiente entero invita a quedarse aquí. No sé quién será el dueño, pero ha tenido el detalle de encargarse que con cada café se ofrezca una chocolatina. La acepto, chocolate amargo, casi puro, y con ese tipo de textura que aún siendo dura se deshace en la boca: un lujo

para los sentidos. Podría resultar barato. Hoy Inés se ha suicidado.

Inés, simplemente no ha podido llevar esa carga. Se fue tras la muerte de su tío; no pudo soportar, lo dijo en su carta, el no haberlo matado ella.